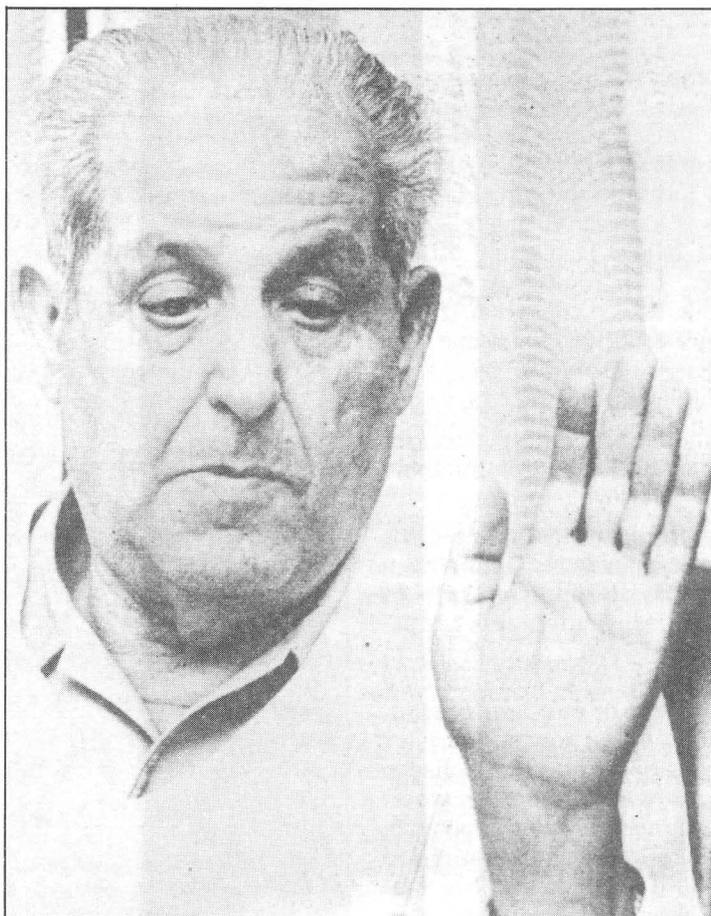


Con el más entrañable arraigo a su tierra y a su isleñismo, acaba de fallecer en Las Palmas de Gran Canaria el pintor Felo Monzón, uno de los más representativos y fundamentales artistas que, junto a Eduardo Gregorio, Plácido Fleitas (escultores), Santiago Santana, Jesús González Arencibia, Jorge Oramas (pintores) y otros, dieron identificación al *Grupo Indigenista* surgido en la Escuela “Luján Pérez” —centro de arte libre implícito en la renovación de las artes plásticas canarias—, y que supuso un verdadero hito en aquella escena cultural que presidía las islas en la década de los años veinte; hito por lo que tenía de rompimiento con el ambiguo conservadurismo que tejía el contexto social de todo el archipiélago. Más que un inconforme, Felo Monzón fue, en opinión de Mario Pons Cabral —quien también supo, como pocos, encarnar el espíritu del centro creado por Domingo Doreste “Fray Lesco”—, un revolucionario, porque a través de sus iniciativas, ya superada la frontera de los años cincuenta, y poco después de haber sido liberado de los campos de concentración que se originaron en la guerra civil española, pudimos conocer todo aquel arte que se estaba llevando a efecto en la Europa de la postguerra. Plenamente distanciado de una pintura que expresaba “el cansancio de un arte académico”, como lo definía Ventura Doreste, Felo Monzón fue introduciendo, paciente pero progresivamente, y estableciéndolas en toda su dimensión, las tremendas diferencias estéticas y testimoniales —era una forma de comportamiento frente a los acontecimientos sociales y políticos que vivía nuestro país— que existían entre un arte caduco y otro que iba convirtiendo las *formas* en una posibilidad para la rebeldía y la liberación. L.A.D.A.C. (Los Arqueos del Arte Contemporáneo) fue la gran avanzadilla que asumió esa posibilidad de rebeldía, bien puntualizada en el manifiesto escrito por Monzón.

La muerte del pintor no sólo supone una pérdida irreparable para el arte de las islas y de todo el país sino un auténtico desgarrar para la que fuera su más querida e identificadora vocación:



UN RECUERDO MÁS DE FELO MONZÓN

la Escuela de Arte “Luján Pérez”, a la que dedicó —haciéndolo durante toda su vida— todos sus esfuerzos, su sabiduría y su entrega, porque Felo Monzón me confesaba que en los años de encarcelamiento que sufrió, los retratos que hizo a lápiz de los presos que convivieron con él, los imaginaba haciéndolos en uno de los salones de la Escuela cuando ésta estaba en la calle García Tello. Y fue en el ámbito de la “Luján Pérez” donde mi amistad con el pintor —yo lo había conocido años atrás cuando prestaba sus servicios como proyectista y decorador en una carpintería, a pocas fechas de ser liberado de su cautiverio político— llegó a hacerse íntima, dado que la relación que nos unía, tanto en las ideas estéticas y morales, como en las políticas, así lo exigía. Y ese su compromiso estético le entregó a casi una obligación didáctica, que consistía en proponer los movimientos de vanguardia como algo determinativo dentro de la evolución social de las relaciones humanas. De esa

forma, y no de otra, asumía él todo el espíritu y la condición de la Escuela “Luján Pérez”. Y resulta curioso que, desde esa firme concepción de una enseñanza llena de peculiaridades en todo su sistema —si es que puede hablarse de un solo sistema en la pedagogía que conforma la historia de la Escuela—; un sistema que busca la identidad del alumno con su propia vocación, y que surge de la identificación de éste con su profesor. Es lo que llamaba Ventura Doreste “sentido mágico de una enseñanza”.

Los que tuvimos la satisfacción de conocer a Felo en aquel rincón de la Escuela “Luján Pérez”, junto al balcón que da a la pequeña plaza que antecede al edificio proyectado por Secundino Suazo, podemos decir ahora que su metodología de trabajo significaba siempre una investigación creativa: buscar las tensiones del espacio pictórico para que, sobre ellas —a veces indagando sobre la Sección de Oro, otras sobre la Serie Aditiva de Fivonacci— cons-

truir un todo armonioso, fuera éste figurativo o no figurativo. “Si argumentamos que la creación artística sólo comprende la faceta de lo natural percibido a través de los sentidos, el concepto es incompleto, limitado. No comprende su ciclo total. No abarca la materia de una cosa ni tampoco su esencia metafísica”, decía el pintor —que también fue teórico, conferenciante, ensayista—, para añadir más adelante: “La pintura abstracta se justifica en un concepto de belleza cuya esencia sería, simplemente, una relación estética de planos, colores y líneas que hay pintadas en él y, por estos valores eternos, tiene toda la sustantividad necesaria para valer autónomamente, sin referencias al mundo de la realidad. La belleza es, ahora, belleza plástica, y es el elemento plástico el que sólo se estima...?”.

La última exposición de este ya inmortal artista canario fue exhibida en el Club de Funcionarios de la Caja Insular de Ahorros de Canarias, constituida por una serie simbólica de la identidad de lo canario, en la que el volcán y la flora autóctona forman una simbiosis determinante de nuestra idiosincrasia. Exposición realizada con la técnica del guache y que tuvimos el honor de presentar en el acto de su apertura. Pero Feló Monzón tenía, sin embargo, ya ultimada una gran exposición, con alguna referencia antológica de toda su quehacer creativo, sobre ese mismo volcán mítico, esencial, convertido en específico sujeto, que tanto ha incidido en su dilatada carrera artística. Esta exposición iba a inaugurar —esperemos que así sea— las nuevas salas de arte de nuestra Entidad en el complejo cultural de nuestro edificio en la Alameda de Colón. Y es que Feló Monzón siempre fue un colaborador distinguido y desinteresado de nuestra Caja Insular de Canarias.

AGUSTÍN QUEVEDO

Personas

vistas por Padrón Noble



Francisco Navarro Artiles

Este aruquense, profesor desde hace años en el Instituto de Enseñanza Media de Puerto del Rosario, ha dedicado gran parte de su vida a estudiar temas propios de las islas, desde el lenguaje de los antiguos canarios hasta la semántica del color de las cabras en el habla campesina de Fuerteventura. Hombre sencillo y campechano, admirador de la lucha canaria, también desmitificó la referencia sobre la lucha en el **Poema de Viana**, autor que se inspiró en la *Araucana* de Alonso de Ercilla. Su “*Teberite*” es una documentada recopilación de vocablos aborígenes.